Crítica para los pibes

AÑO II. — BUENOS AIRES, Miércoles 6 de Abril de 1927 — No. 82



DULCIS IN FUNDI

Como el padre sale temprano para su trabajo, la Coca lo acompaña a la estación. Lo acompaña hasta el mismo tren y lo cuida y lo mima.

—¡Adiós, papito querido; vuelve temprano esta noche!

Luego le alcanza el diario que ella ha traído desde casa para evitarle esa molestia.

La Coca es una chica muy buena y cariñosa.

El tren arranca y se aleja.

—¡No te olvides de los caramelos, papito!

La Coca es una chica muy buena, cariñosa... y un poco interesada.

LA ESTATUA DE MARMOL



EN una ciudad de la antigua Grecia había un Príncipe que estaba casado con una mujer de extraordinaria hermosura, de la cual tenía una niña a quien todo el mundo llamaba Graciosa, por su gracia y hermosura. Contaba esta niña diez años cuando una fiebre maligna lo robó a su padre, que la amaba con la mayor ternura. Su madre, la princesa Feliz, adoraba a su esposo, así es que le lloró durante mucho tiempo; pero como sus pueblos deseaban que los dirigiera un rey, la fué forzoso casarse de nuevo.

El matrimonio se celebró con gran pompa, y el Príncipe la hizo grandes regalos. El nuevo esposo no tenía nada de hermoso, por lo que la primera vez que le vió Graciosa corrió a ocultarse entre sus doncellas, asustada de su fealdad. Pasó algún tiempo y se acostumbró a su padrastro, y vivió, como antes, feliz.

Graciosa era muy desaplicada y perezosa, así era que tenía once años y aún no había aprendido a leer, porque la pereza le impedía estudiar, y la gustaba más estar sentada sobre un tapiz contemplando el jardín, que molestarse en tomar un libro. Esto fué lo que la perdió. El rey no quería a Graciosa, y mucho menos desde que la Reina había tenido otra niña, llamada Rubia, a causa del color de sus cabellos. Siempre buscaba ocasión de molestar a Graciosa, y se propuso perderla para siempre, a fin de que fuese Rubia la Reina en lugar de Graciosa.

El Rey se aprovechó de la pereza de la niña para perderla. La Princesa tenía ya trece años, y Rubia tres, y sin embargo, la primera no conocía aún el alfabeto, cuando la segunda sabía ya deletrear.

Frente al palacio había un castillo encantado, y en el cual todo el que entraba no volvía a salir. Desde el jardín de Graciosa hasta el castillo se extendía un frondoso bosque, en el que sólo había dos senderos: uno que conducía a la choza de una anciana que tenía en su jardín las más preciadas flores, y otro que iba a morir en el palacio encantado.

Una mañana el Rey llamó a Graciosa y la dijo:

—Graciosa, es una vergüenza que siendo Rubia más pequeña que tú, esté más adelantada, por consiguiente, desde mañana tendrás un maestro y estudiarás todos los días. Yo sé que la Reina te riñe, y, a pesar de esto, sigues siendo tan perezosa como siempre.

—Está bien—respondió la niña—pero déjeme usted aún disfrutar durante unos días de esta vida que se va a concluir.

—Está bien; te lo concedo con una condición.

—¿Cuál?

—Que vayas con tu coche y me traigas un ramo de flores de las que tiene la anciana que vive en el bosque.

—Está bien; pero necesito una persona que pueda guiarme; para no equivocar los dos caminos, e irme al castillo encantado en vez de ir a la choza en que aquélla vive.

—Yo te daré un guía experimentado.

El Rey llamó a un criado que había traído de su país, y le dijo, de modo que Graciosa no oyera:

—Es necesario que conduzcas a la Princesa al castillo encantado. Tú guiarás su coche y te será fácil hacerlo.

Mandaron enganchar a un coche riquísimo dos hermosos caballos, y en este coche se dejó conducir la niña al bosque, sin sospechar lo que le preparaba el destino.

Como no sabía leer, no pudo sospechar la traición. Cuando llegaron al palacio, no lo pudo ver, porque una densa nube se lo ocultaba y le hacía ver una pequeña casita, que creyó que era la que buscaba. Se bajó del coche y entró por una puerta que se había abierto a su llegada. No bien hubo atravesado el umbral ,cuando oyó un horrible estruendo y se encontró en una inmensa galería que iba a parar a un patio. Graciosa entró por una puerta, la única que encontró abierta, y penetró en un magnífico salón, y de allí a otro, y luego a otro. Y cuando quiso volverse atrás, le fué imposible, porque las puertas se iban cerrando tras ella.

Por último, desconsolada y sin saber qué hacer, se sentó y se puso a llorar amargamente.

Llegó la noche y vió entrar dos luces sin ver quien las conducía, las cuales se pararon delante de ella, como si esperasen sus órdenes. Graciosa se levantó entonces y las luces la iban guiando enseñándola el camino. Así, las luces delante y Graciosa detrás, llegaron a un comedor, en el cual encontró una mesa servida con los más exquisitos manjares. Tan sólo había dos sillas al lado de la mesa, y después de haberse sentado en una de ellas, vió llegar un hermoso perro blanco, que se la quedó fijamente mirando como si la tuviera lástima. La Princesa cenó, y cuando tomó todo lo que necesitaba, se levantó, y guiada por las luces llegó a un precioso dormitorio, se acostó y se durmió profundamente. Al despertarse quedó muy sorprendida viendo delante de su ventana un jardín, en el centro del cual había un hermoso lirio; pero lo que más la sorprendió fué ver entrar una hermosa dama, que la dijo:

—Ya hace tiempo que te esperaba, querida Graciosa, y ten la seguridad que nada te faltará. Estás bajo el poder del genio que habita en este castillo; pero yo le he rogado que no te haga daño, porque soy la hada amable.

La niña se afligió, pero calculó que peor hubiera sido caer en poder del genio, y decidió estudiar durante todo el tiempo que estuviera en el palacio.

Así pasaron algunos días, en los cuales Graciosa dejó de ser perezosa.

Una tarde que la niña paseaba por el jardín, vió un bonito pájaro, que deseó coger para ponerlo en una jaula; el pájaro se alejó hasta ponerse sobre el lirio, y la joven extendió la mano para cogerlo sin acordarse que la hada se lo había prohibido.

No bien hubo tocado el lirio, Graciosa fué convertida en una estatua de mármol, y lo mismo sucedió a cuanto había en el palacio.

Cinco años habían pasado, cuando un Príncipe que se paseaba por el bosque, vió una serpiente, y al quererla matar se le sucedido a cuanto había en el pa-

—En ese jardín hay una Princesa que está encantada, y si queréis desencantarla, no tenéis más que seguir mis consejos. Yo soy la hada amable que he tomado esta forma hasta que destruya un Príncipe el encanto. Para esto no tenéis más que ir al castillo y pronunciar estas palabras: "Genio, yo te lo ordeno"; pero antes tenéis que ir a la montaña blanca y tomaréis un junco de los que allí crecen.

—Gracias, hada. Ahora dime qué camino debo tomar para ir a esa montaña.

—Seguid el sendero de la razón hasta el de la perseverancia, en el que encontraréis el de la paciencia, que os conducirá al castillo.

El Príncipe siguió dicho sendero, y cuando ya estaba al final vió venir un lobo, que supuso sería el genio.

—¿Dónde vas?—le preguntó.—No pases adelante, o pagarás caro tu intento.

—Quiero salvar a la Princesa —dijo; y apuntando a una pata del animal con una pistola, le hizo fuego, dejándole herido.

En el segundo sendero encontró un león que se arrojó a él para impedirle el paso; pero afirmándose en los estribos, el Príncipe, hirió con su espada a la fiera en un ojo.

El Príncipe, así que el león le hubo dejado el paso, puso su caballo al galope y entró en el tercer sendero.

Ya distinguía la montaña blanca, cuando vió venir un gigante montado en un enorme caballo, que, lanza en ristro, se dirigía donde él estaba. El Príncipe se aprestó a defenderse, y dió tan fuerte golpe en el brazo del gigante, que éste dejó caer el arma.

—Príncipe—le dijo—tu valor ha triunfado; pero antes que salves a la Princesa, te haré pasar muchos y grandes trabajos.

El Príncipe se llegó a la montaña y cortó el junco, y volvió al lugar en que se había encontrado al hada, a la que vió de nuevo ante él.

—Ahora, Príncipe, te dirigirás por este sendero, al fin del cual encontrarás unas ruinas de mármol, a las que tocarás con la vara y volverán a su primitiva forma; luego encontrarás un magnífico jardín y en un rosal cortarás una rama de éste, y el encanto quedará deshecho.

El Príncipe emprendió su camino hasta ver blanquear las ruinas, en cuyo lugar encontró un enorme foso que no podía atravesar.

—¡Genio, yo quiero pasar! —gritó; y apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando apareció un caballo con alas, en el que montó y salvó el obstáculo.

Al llegar a lo que él creía ruinas, se encontró con un inmenso lago, en el que había multitud de ranas.

Una rana se le aproximó y le dijo:

—Príncipe, córtale una pata a aquella rana grande que ves al otro extremo, y con ella en la mano di: "Genio, yo te lo ordeno".

Cumplió el Príncipe esta orden, y apenas hubo pronunciado la frase, la laguna se transformó en ruinas de mármol, en donde encontró a Graciosa, a la que tocó con la vara y se convirtió en una preciosa joven.

La hada amable y su hijo que seguía convertido en perro, vinieron a ponerse al lado de la Princesa, mientras que el Príncipe se dirigía al extremo del jardín, donde estaba el rosal. Se llegó a él y lo cortó, y apenas hubo hecho ésto, vió venir a la hada amable, a la Princesa, y a un hermoso joven, que le dijó:

—Príncipe, me has desencantado, y te doy las gracias.

Y dirigiéndose a Graciosa le dijo:

—El esposo de tu madre ha muerto, y pronto verás a tu madre.

La hada tocó con una varita, y apareció un carro tirado por dos águilas, que condujo a todos a la puerta del palacio de la madre de la Princesa.

La hada dijo a la Reina.

—Os entrego a vuestra hija, que ya no es perezosa; sabe leer, escribir, música y bordar; ahora podéis casarla.

Algunos meses después el Príncipe se casaba con Graciosa, y Alí, el hijo de la hada, con Rubia, siendo todos felices en el resto de su vida.

La hada amable desapareció al día siguiente de haberse celebrado las bodas.

La razón, la perseverancia y la paciencia son virtudes que destruyen siempre los efectos de la pereza y de la vanidad.

Se convirtió en una preciosa joven.

Se encontró en una inmensa galería.

Consejos de un Loco

Di siempre la verdad; pero en amor,
miente, que es lo mejor.

Hay tres peligros, que a vencer no alcanza
el hombre, y que su vida desconciertan:
la mujer, la bondad y la esperanza.

Si quieres conquistar a una coqueta
dile que eres poeta.

No le ayudes en nada a tu vecino,
pues cuando éste consiga lo que quiere
tú serás un estorbo en su camino.

NOTCHA, LA HIJA DEL SEÑOR CIELO

(CUENTO INFANTIL)

La hija mayor del señor del cielo se había casado con el general Li Dsing. Sus hijos se llamaban Guintcha, Mutcha y Notcha. El nacimiento de Notcha ocurrió de esta manera: tres años y seis meses llevaba su madre en estado. Una noche soñó que un taoísta había entrado en su cuarto. Ella, colérica, lo mandó que saliese. Pero él dijo: "Recibe pronto al hijo divino". Y dicho ésto introdujo en su cuerpo una perla luciente. La mujer se asustó de tal modo que despertó. Entonces dió a luz una bola de carne que rodaba como una rueda y llenó toda la habitación de perfumes extraños y de luz roja.

Li Dsing se espantó mucho y creyó que era un fantasma. Con su espada partió en dos la bola. Pero entonces salió de ella un niño pequeño. Todo su cuerpo relucía con un resplandor rojo. Su cara era delicada y blanca como la nieve. En el brazo derecho traía un aro de oro, y llevaba envuelto a la cintura un trozo de seda roja, cuyo resplandor cegaba la vista. Al ver Li Dsing el niño se compadeció de él y no le mató. Su mujer sintió un gran cariño por el chico.

Pasados tres días, vinieron todos los vecinos a darles la enhorabuena. Estaban sentados a la mesa, cuando entró un taoísta, que dijo: "Yo soy el gran Uno. Este niño es la perla luciente del primer principio y te ha sido dado como hijo. Pero el niño es rabioso y desaforado y ha de matar a muchas personas. Por eso lo tomo como discípulo para apaciguar su violencia". Li Dsing se inclinó agradecido y el gran Uno desapareció.

Cuando Notcha tuvo siete años un día se marchó de casa. Llegó al río de los nueve recodos cuyas aguas verdes corren entre dos hileras de sauces llorones. Hacía calor. Notcha entró en el agua para refrescarse. Desató su cinturón de seda roja y lo agitó en el agua para lavarlo. Toda el agua se puso roja. Mientras Notcha tenía de esto modo el cinturón en el agua, el palacio del rey de los dragones, en el mar del Este, se conmovió hasta sus cimientos.

Entonces el rey de los dragones le encargó a un tritón de horrible aspecto que viese lo que pasaba. Al ver el tritón al niño, comenzó a decir palabrotas. Pero el niño levantó los ojos y dijo: "¿Qué animal extraño eres tu, que hasta sabes hablar?" Entonces el tritón se puso furioso, dió un brinco y le tiró un hachazo a Notcha. Este evitó el golpe y le tiró su pulsera al tritón. Le dió en la cabeza, saltaron los sesos y el animal cayó muerto.

Notcha dijo riéndose. "Me ha manchado de sangre el anillo". Y se sentó sobre una piedra para lavar el anillo. Entonces el palacio cristalino del dragón empezó a temblar, de modo que estuvo a punto de desplomarse. Vino también un centinela a anunciar que el tritón había sido muerto por un niño. El rey de los dragones envió a su hijo para coger al niño. El hijo se subió en un dragón que partía las aguas y llegó levantando grandes olas. Notcha se incorporó y dijo: "Esta es una ola bastante grande".

De repente vió que de la ola salía un animal y, montando sobre él, un hombre armado que gritaba: "¿Quién ha matado a mi tritón?". Notcha respondió: "El tritón quiso matarme a mí y entonces yo lo maté a él. Eso no tiene importancia". El dragón lo acometió con una alabarda. Pero Notcha le dijo: "Antes de que luchemos dime quién eres". "Soy el hijo del rey de los dragones", fué la respuesta. "Y yo soy Notcha, el hijo del general Li Dsing. No me irrites con tu violencia, o te arranco la piel a ti y a tu padre, ese miserable pez de barro". El dragón se puso furioso y lo acometió. Pero Notcha tiró al aire su pañuelo que relampagueó como una bola de fuego y arrojó al dragón del animal que montaba. Entonces Notcha le golpeó con su aro de oro en la frente. El dragón tuvo que aparecer en su verdadera figura de dragón de oro y cayó muerto.

Notcha se echó a reír: "He oído decir que con los nervios de dragón pueden hacerse buenas cuerdas. Voy a arrancarle uno para que mi padre pueda atarse con él la coraza". Le arrancó un nervio y se lo llevó a su casa.

Entretanto el rey de los dragones había ido muy furioso en busca de Li Dsing, el padre de Notcha, a pedir que el niño le fuese entregado. Pero Li Dsing le respondió: "Está usted equivocado. Mi hijo no tiene más que siete años y es incapaz de semejantes crímenes." Mientras estaban discutiendo, llegó a escape Notcha y exclamó: "Padre, te traigo un nervio de dragón, para que te sujetes con él la coraza". El dragón entonces empezó a llorar y a vomitar terribles insultos. Amenazó a Li Dsing con denunciarle ante el señor del cielo y se fué de allí echando chispas.

Li Dsing se quedó muy atemorizado. Le contó el caso a su mujer y los dos se echaron a llorar. Pero Notcha les dijo. "¿Por qué lloráis? Voy a buscar a mi maestro, el gran Uno y él nos dirá lo que hay qué hacer". Apenas dicho ésto, ya había desaparecido. Se presentó a su maestro y le contó toda la historia. El maestro le dijo: "Tenés que adelantarte al dragón para que no te denuncie al señor del cielo". Le dió un conjuro mágico y Notcha se encontró transportado a la puerta del cielo. Allí se quedó esperando al dragón. Era todavía de mañana. No se había abierto la puerta del cielo y el portero no estaba en su puesto todavía. Pero ya venía el dragón camino del cielo, Notcha, a quien el conjuro había hecho invisible, derribó por el suelo con su anillo al dragón y comenzó a golpearle. El dragón se agitaba furioso: "¡Cómo se retuerce el viejo gusano! No le duelen los golpes — dijo Notcha, — voy a arrancarle las escamas". Y dicho esto, le quitó su vestido de fiesta y empezó a arrancarle algunas escamas debajo del brazo derecho, haciendo brotar la sangre roja. El dragón no pudiendo soportar los dolores, pidió clemencia. Pero Notcha no le dejó hasta que le arrancó la promesa de que no le denunciaría. El dragón tuvo que transformarse en una serpiente pequeñita. Notcha se lo metió en la manga y volvió con él a casa. Apenas hubo sacado la culebra de la manga, ésta se cambió en una figura humana. El dragón le juró a Li Dsing que se tomaría espantosa venganza y desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

Li Dsing estaba seriamente enfadado con su hijo. Por eso la madre le mandó al chico que se fuera a la parte de atrás, apartarlo de la vista del padre. Notcha desapareció. Fué a preguntar a su maestro lo que debía hacer cuando el dragón volviese. El maestro le dió un consejo y Notcha volvió a su casa. Encontró reunidos a los reyes de los dragones de los cuatro mares, que con grandes gritos habían atado a sus padres para tomar venganza en ellos. Notcha llegó y dijo a voces: "Lo que yo he hecho, yo sólo debo pagarlo. Mis padres no tienen culpa de nada. ¿Qué satisfacción pedís?" "Vida por vida" — respondió un dragón. "Bien, yo mismo me haré pedazos — dijo Notcha — pero prometedme no hacerles luego nada a mis padres". El dragón lo prometió y dió orden de que desatasen a los padres. Notcha se cortó primero un brazo. Su madre rompió en grandes lamentos, pero de nada sirvió que llorase. Ya Notcha se había abierto el cuerpo; se le veían las entrañas. Dispersáronse sus tres espíritus y sus nueve almas y su vida tornó al más allá. Los dragones se marcharon satisfechos y Notcha fué enterrado por su madre que lloraba amargamente.

Pero el espíritu de Notcha flotaba en el aire y el viento lo arrastró a la cueva del Gran Uno. Este lo recogió y le dijo:

"Tienes que aparecerte a tu madre. A cuarenta milla de tu tierra está la roca verde. Sobre esta roca va a erigirte tu madre una ermita. Cuando lleves allí tres años recibiendo el incienso de los hombres podrás recobrar tu cuerpo".

Notcha se apareció a su madre en sueños y le contó todo. La madre desesperó en lágrimas. Pero cuando se lo repitió a Li Dsing éste se enfadó: "El travieso niño no ha hecho más que llevar su merecido, muriéndose. Si se te aparece en sueños es porque siempre estás pensando en él. No te acuerdes más de Notcha." La mujer calló pero después de aquel día se le aparecía Notcha a diario, tan pronto como cerraba los ojos, y sus súplicas eran cada vez más apremiantes.

Al fin no pudo hacer otra cosa sino mandar que erigiesen un templo a Notcha sin que lo supiera su marido.

En su templo, Notcha comenzó a hacer grandes milagros. Todas las oraciones eran escuchadas. Las gentes venían de comarcas lejanas para quemar incienso en su honor.

Así pasó medio año. Un día, con ocasión de unas grandes maniobras guerreras, Li Dsing pasó por delante de aquella montaña y vió un montón de gentes apretado como un hormiguero. Li Dsing preguntó qué era lo que había que ver en la montaña. "Hay un nuevo dios —le dijeron— tan milagroso que las gentes vienen de todas partes para adorarle." "¿Qué dios es ese?" — preguntó Li Dsing. No se atrevieron a ocultárselo. Al saberlo, Li Dsing se enfadó. Montó en su caballo, subió a la cima de la montaña y, en efecto, a la puerta del edificio había escritas estas palabras: "Templo de Notcha." Y dentro estaba la imagen de Notcha, que se le parecía mucho. Se le veía tal cual había sido en vida. Li Dsing dijo: "En vida has traído la desgracia a tus padres y después de muerto engañas al pueblo. ¡Esto es horrible!" Y diciendo estas palabras, sacó su fusta, hizo pedazos la imagen de Notcha y mandó que quemasen el templo. Hecho esto, se volvió a su casa

Notcha había estado ausente aquel día, en espíritu. Al volver al templo lo encontró destrozado. El espíritu de la montaña le contó lo que había sucedido. Notcha corrió en busca de su maestro y entre lágrimas le refirió lo que había pasado. El maestro dijo incomodado: —"Has hecho mal Li Dsing. Después que le has devuelto tu cuerpo a tus padres ya nada tienen que ver contigo. ¿Por qué ha de privarte de gozar del incienso?.. Luego el gran Uno formó un cuerpo con plantas de loto, le infundió vida y encerró en él el espíritu de Notcha. En seguida dijo en alta voz: "¡Levántate!" Se percibió el soplo de un aliento y Notcha apareció en figura de niño pequeño. Se arrojó a los pies de su maestro y le dió las gracias. Este le dió el conjuro de la lanza ígnea y Notcha se encontró con dos ruedas en movimiento bajo los pies: la rueda del viento y la rueda del fuego. El maestro le dió también un saco de piel de pantera, en donde iban el aro y el pañuelo de seda.

El pensamiento de la venganza no dejaba reposar a Notcha. Aprovechando un momento en que no estaba vigilado, corrió y entró sobre sus ruedas con gran estrépito de truenos en la casa de Li Dsing. Este no pudo resistirle y huyó. Ya le abandonaban sus fuerzas, cuando de la cueva del ganso blanco salió en su auxilio su hijo segundo, Mutcha, discípulo del santo Pu Hiem. Hubo un cambio de palabras violento entre los dos hermanos. Se pelearon y sucumbió Mutcha.

De nuevo Notcha salió en persecución de Li Dsing. Viéndose en gran apuro, Li Dsing iba a quitarse la vida por sí mismo, cuando salió de la montaña de los cinco dragones, el santo Wen Dehu, maestro de Guintcha, hijo mayor de Li Dsing, y lo escondió en su cueva. Notcha furioso pidió su entrega. Pero el santo Wen Dehu dijo: "En otros sitios podrás dar rienda suelta a tus violencias; aquí no lo conseguirás." Y cuando Notcha, loco de rabia, volvió hacia él la lanza de fuego, Wen Dehu dió un paso atrás, sacó de su manga la flor de loto de las siete hojas y la tiró al aire. Se levantó entonces un viento terrible, con nubes y niebla que tapaban la vista; alzáronse torbellinos de arena y tierra, y todo ello se precipitó con gran estrépito. Notcha perdió el sentido, y cuando volvió en sí, estaba amarrado a una columna de oro, con tres argollas de oro sin poder moverse. Wen Dehu llamó a Guintcha y le mandó que le pegase fuerte al mal hermano. Así lo hizo. Notcha tuvo que someterse, rechinando los dientes. En esta angustia, vió al gran Uno que venía volando y le llamó: "¡Maestro, sálvame!" Pero el maestro no le oyó y entró en la cueva a darle las gracias a Wen Dehu por la ruda lección que le había dado a Notcha. Finalmente le hicieron entrar y le ordenaron que se reconciliase con su padre. Entonces le soltaron y se pusieron a jugar al ajedrez. Pero apenas Notcha se vió libre, le acometió de nuevo la furia y continuó la persecución. Ya había vuelto a alcanzar a Li Dsing, cuando se presentó otro santo a protegerle. Era el viejo Buda, del resplandor luminoso. Notcha quiso luchar con él. El santo levantó la manga y las nubes rojas en torbellino se convirtieron en una pagoda que envolvió a Notcha. Entonces Resplandor luminoso puso las dos manos sobre la pagoda. Se encendió en ella un fuego, que quemaba a Notcha haciéndole gritar y pedir clemencia. Tuvo que prometer que pediría perdón a su padre y le obedecería siempre. Sólo cuando lo hizo así, le dejó salir de la pagoda el viejo Buda. Le regaló la pagoda a Li Dsing y le enseñó además un conjuro para dominar a Notcha. Por eso Li Dsing se llama el rey del cielo, que lleva la pagoda.

Li Dsing y sus tres hijos Guintcha, Mutcha y Notcha ayudaron más tarde al rey Wu de la casa Dehu a aniquilar al tirano Dehu-Sin.

Nadie podía resistir su poder. Sólo una vez consiguió un encantador por medio de la magia negra herir a Notcha en el brazo izquierdo. Cualquier otro hubiera muerto de la herida. Pero el gran Uno se llevó a Notcha a su cueva y allí le curó la herida y le dió de beber tres copas de vino de los dioses y de comer tres dátiles de fuego. Después que Notcha hubo bebido y comido, sintió de repente un chasquido en el lado izquierdo y vió que le había salido otro brazo. Palideció de espanto, pero ya le había salido otro brazo en el lado derecho. Se le atragantaron las palabras y, de horror, los ojos se le salían de sus órbitas.. Pero la cosa continuó. Seis brazos le salieron del cuerpo, y dos cabezas; tuvo, pues, tres cabezas y ocho brazos. "¿Qué va a ser de mí?" —le gritó a su maestro. Este se rió y dijo: "Está bien, está bien, ahora es cuando vas a ser fuerte de veras." Y le enseñó un conjuro para hacer visibles o invisibles los brazos y las cabezas

Después que fué aniquilado el tirano Dehu Sin, Li Dsing y sus tres hijos, aun vivos, fueron puestos entre los dioses

LECCION DE GEOGRAFIA



—Vamos a ver, ¿qué es cordillera?
—Cordillera... cordillera... Una mujer que vende cordilla.

PINOCHO FO…

I

NO se hablaba de otra cosa. El interés que la sensacional noticia había despertado era tan grande que puede asegurarse que durante una semana no hubo comida que no se quemase, ni sueño reposado, ni trabajo que se hiciese a derechas.

Todas las conversaciones empezaban de la misma manera: "¿Se ha enterado usted del desafío?" "Ya lo creo!" "¿Y usted quién cree que vencerá?" "Hombre, le diré a usted..."

En las calles, en los tranvías, en los cafés, hasta en los teatros, sólo se oía hablar de lo mismo. Era una preocupación universal. Y se explica porque partido de fútbol tan emocionante como aquel que se preparaba no se había jugado desde que el mundo es mundo ni, probablemente, se volvería a jugar. ¡Cómo que se trataba, nada menos que de un encuentro entre la Real Pirata "Los Chapetones" y la selección muñequil "Los Pinochistas"!

La historia de este sensacional encuentro era el siguiente:

Un buen día, Chapete, el rabioso muñeco de trapo, el indomable rival de Pinocho, había lanzado, ante el mundo asombrado, un reto terrible. El formidable pirata desafiaba a su enemigo Pinocho a jugar un partido de fútbol, y apostaba cinco millones de pesetas a su favor.

La noticia cayó como una bomba. Ya comprenderéis que Pinocho no podía hacerse el desentendido. Cuando se es un héroe de su categoría no se puede retroceder ante ningún desafío, sea cual sea. Por eso, Pinocho contestó al punto que aceptaba y el encuentro quedó fijado para la semana siguiente.

Y desde este momento todas las revistas se dedicaron a publicar retratos de los dos campeones todos los periódicos publicaron un sin fin de artículos hablando del futuro encuentro; la atención pública no se ocupó más que de este asunto; el telégrafo funcionó día y noche exclusivamente dedicado a dar noticias del partido, y las apuestas que se cruzaron fueron de tal magnitud que muchos reyes tuvieron que vender o empeñar sus coronas.

Pero lo terrible, lo espantoso, lo peliagudo era que Pinocho no había jugado nunca al fútbol.

En cambio Chapete se había estado entrenando secretamente, a bordo de "El Chacal", durante un mes y había formado un equipo formidable. ¡Bien había tomado sus medidas el astuto pirata!

"Esta es la mía — se dijo frotándose las manazas con satisfacción. — Ese narizotas de Pinocho está desprevenido, le desafío y como él no sabe darle una patada ni a un carro, le meto un sin fin de goals en menos que canta un gallo, le gano cinco millones de pesetas y le desprestigio ... la jugarreta es magnífica... ¡Soy un hacha!"

Una vez pensado ésto, llamó a Tintinelo, al que puso al corriente de sus planes y le ordenó que le formase un equipo con los diez piratas más a propósito. El se reservaba el puesto de delantero centro.

Los piratas escogidos por Tintinelo fueron los siguientes:

Patapón, Mala Sangre, Dientes de lobo, Tiara a dar, Tiburón, Pelo en pecho, Rompo huesos, Cara dura, Masca el aire y Puño Negro.

Por los nombrecitos podéis suponer qué casta de pájaros serían.

Patapón fué nombrado portero, y justo es decirlo que era un portero formidable. Como tenía aquellas manos tan enormes, el meterle un goal era más difícil que enhebrar una aguja a la pata coja. Tintinelo fué nombrado árbitro.

Y durante un mes, los barcos pudieron cruzar los mares tranquilamente sin temer al barco pirata "Chacal"; y durante un mes, todas las princesitas del mundo pudieron dormir descuidadas, sin miedo a que el malvado Chapete fuese a robarlas; y durante un mes, la humanidad entera pudo respirar a sus anchas, porque Chapete, el infame Chapete, no se ocupaba más que de dar patadas a un balón con el fin de vencer a su rival Pinocho en el más emocionante partido que habían presenciado los siglos.

II

Pinocho se entrena. La selección muñequil. Un portero y una portera—



PURRUMPUM . . . pum!
¡Chas... chasss!!
¡Cataplum... Zas!

Estos ruidos y y muchos más se oían de la mañana a la noche en la casa que tenía el alto honor de ser habitada por Pinocho.

Y esto ruidos salían precisamente, de la habitación ocupada por Pinocho.

¿Qué ocurría? Los vecinos estaban inquietos y atemorizados por aquel horroroso estrépito.

La señora Damiana, la portera, había subido varias veces hasta la puerta del cuarto y su mirada había pretendido, en vano, penetrar el misterio a través del ojo de la cerradura.

Aquello era alarmante.

Y sin embargo, nada terrible ocurría en la habitación del noble muñeco, no. Aquellos ruidos que tan inquietos tenían a los vecinos, provenían, sencillamente, de que Pinocho se entrenaba en el difícil deporte del fútbol.

Sí Pinocho se preparaba para el encuentro.

Y era de ver al glorioso muñeco dando patadas a un balón y haciendo goals contra el aparador, contra el armario de luna o contra otro mueble cualquiera. Así llevaba una semana y en la casa no quedaba ya cristal sano, ni plato entero, ni silla que no estuviera coja.

¿Pero qué importancia podía tener aquel desastre mobiliario si servía para evitar el desastre de ser vencido por Chapete?

Por eso Pinocho no se preocupaba lo más mínimo cuando, después de un shot bien dirigido, veía caer la lámpara hecha añicos. Las lámparas se componen: una derrota no tiene compostura.

No debemos ocultaros que Pinocho estaba preocupado, enormemente preocupado. Por primera vez en su vida sentía un poquito de miedo. Es decir, no; miedo precisamente no: él sentía una zozobra que le atormentaba, ante la idea de salir derrotado.

En primer lugar su equipo estaba incompleto. Después de un examen cuidadoso había logrado reunir nueve jugadores en buenas condiciones. Estos jugadores eran:

Polichinela, Arlequín, el Inglés (muñeco de trapo), Pierrot, el Gendarme (muñeco de cartón con unos bigotes formidables) el Marino (muñeco de hojalata), Pirugián (que había venido con permiso de los Reyes Magos), Petruska (muñeco ruso) y Baby (muñeco de celuloide).

Pero a Pinocho le faltaba el portero.

Claro es que había recibido ofertas de todos los bazares del mundo, pero él era prudente y no quería comprometer el triunfo aceptando a la ligera un puesto tan importante como es el de guardameta.

Y así resultaba que la víspera del partido su "once" no era más que un "diez", cosa imposible como comprenderéis.

El pobre Pinocho se consumía de rabia. ¿Dónde encontrar un portero?

En estas dudas estaba nuestro muñeco cuando oyó llamar a la puerta. El mismo fué a abrir. Quien llamaba era la señora Damiana, la portera, que al entrar y ver aquella habitación antes tan ordenada, llena ahora de cacharros y muebles rotos se quedó con la boca abierta y temblando de espanto.

—¿Qué hay? — preguntó impaciente Pinocho.

Este... te... te.. te... le... gra... gra... ma... — balbuceó la pobre mujer, más muerta que viva, presentando un papel azul.

Pinocho cogió febrilmente el telegrama, lo abrió y leyó su contenido.

Los ojos de la señora Damiana adquirieron un aspecto de ojos de besugo; tal fué su estupor al ver que Pinocho, después de la lectura, empezaba a dar saltos y lanzaba gritos de júbilo, en tales extremos, que la pobre portera salió disparada con los pelos de punta, rodó las escaleras y vino a caer delante de su portería, exclamando aterrorizada:

—¡Pobre señorito Pinocho! ¡Se ha vuelto loco!!

Y dichas estas palabras se desmayó.

No, Pinocho no había perdido el juicio. Su alegría estaba justificada; porque el telegrama que acababa de recibir decía estas palabras:

"Llego exprés noche para ocupar puesto portero Pinochista en partido contra Chapetones. — Zamora".

III

Terrible maquinación. ¡Pobre Pinocho!—



ES de noche. Alrededor de una mesa se hallan reunidos los tres piratas Chapete, Tintinelo y Patapón. Parecen 3 conspiradores. Algo muy tenebroso deben de estar tramando porque la expresión de sus rostros es terriblemente amenazadora.

Escuchemos lo que hablan.

—Es necesario que el triunfo sea mío, cueste lo que cueste. Me juego cinco millones de pesetas y el título de campeón de los muñecos — dice Chapete con voz ronca.

—Sí, es necesario triunfar — añade Tintinelo.

—Es necesario triunfar — repite Patapón como un eco.

Hay un silencio. La habitación se llena de humo de la pipa de Chapete. De pronto exclama Tintinelo:

—Se me ocurre una idea.

—¿A ver, a ver? — interroga Chapete.

—Veamos, veamos — dice Patapón.

Y, después de toser para darse importancia, Tintinelo explica doctoralmente:

—La idea que se me ocurre es que si Pinocho no acudiera al campo el día del desafío quedaría ante el mundo, derrotado y perdería la apuesta.

—¡Valiente idiotez! — gruñe Chapete malhumorado. — ¿Cómo puedes suponer que Pinocho iba a desacreditarse así? Estoy seguro de que no faltará y de que hará todo lo posible por salir vencedor.

—¡Claro!—afirma Patapón, que siempre está de acuerdo con el último que habla.

Pero Tintinelo añade sonriendo maliciosamente:

—Yo no digo que Pinocho no quiera asistir al partido; pero acaso no pudiera asistir, que no es lo mismo.

—¿Cómo es eso? — pregunta Chapete con ansiedad.

—Muy sencillo—contesta el taimado enanillo—, buscando el medio lo que el narizotas no pueda presentarse en el campo, aunque quiera.

—¿Y cómo se podría conseguir?

—Apoderándonos de él, por la astucia, encerrándole y si fuera preciso matándole.

Y al decir estas terribles palabras, el único ojo del infame Tintinelo brillaba con siniestro resplandor.

—Es un gran idea—grita Chapete dando un puñetazo en la mesa—, ¡es estupendo! Cogemos a Pinocho y lo encerramos; llega el momento del partido, y como no se presenta, todo el mundo creerá que tiene miedo y se declara vencido, huyendo como un cobarde... ¡Ja, ja, ja!

Y el infame muñeco de trapo se retuerce de risa.

—Sólo falta estudiar la manera de apoderarnos de él—dice Tintinelo.

—Eso, eso — dice Patapón.

—Pues bien, estudiémosla—ordena Chapete.

—Estudiémosla — aprueba Tintinelo.

—Estudiémosla — repite Patapón.

Y los tres bandidos, con las cabezas entre las manos y durante un gran rato meditan en silencio.

De repente, Chapete da un puñetazo sobre la mesa y grita:

—¡Ya la tengo!

—¿El qué? — interrogan los otros.

—La idea para apoderarnos de Pinocho.

—¡Bravo! ¡bravo! — exclama Patapón.

— Aver esa idea, capitán—dice Tintinelo.

—Acercaos más y escuchadme con atención.

Ylos tres bandidos, con las cabezas juntas, combinan un plan infernal contra el pobre y desprevenido Pinocho.

Mal se ponen las cosas para el pobre muñeco de madera.

———

Pinocho dormía profundamente. —A un muñeco de madera le es muy fácil dormir como un leño. El cansancio producido por el día y la satisfacción de haber recibido el telegrama del gran portero Zamora habían sumido al noble muñeco en sueño profundo.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió silenciosamente y tres sombras penetraron en la estancia. Aquellas sombras eran Chapete, Tintinelo y Patapón que por medio de una ganzúa habían abierto la puerta.

Tintinelo llevaba en la mano un pañuelo y un frasquito; Patapón llevaban un martillo y un destornillador; Chapete oprimía con su mano diestra una linterna sorda.

Los tres piratas se acercaron de puntillas al lecho donde el pobre Pinocho dormía, ¡tan ajeno al peligro que le amenazaba!

(Os aseguro que tengo el corazón en un puño).

A una seña de Chapete, Patapón vertió una gotas del frasquito en el pañuelo: aquel líquido era cloroformo. Inmediatamente el gigante aplicó el pañuelo a la nariz de Pinocho, el cual quedó sin sentido al momento. Entonces Chapete, con el destornillador y el martillo se puso—¡qué infernal idea!—a sacar los tornillos que sujetaban las piernas y los brazos al tronco del heroico muñeco. ¡Horror! A los cinco minutos el pobre Pinocho se hallaba dividido en cinco pedazos; una pierna en un rincón, la otra junto al lavabo, un brazo sobre la chimenea y el otro debajo de una mesa. El cuerpo y la cabeza seguían tranquilamente sobre la cama. El noble muñeco no se había enterado de nada y allí seguía dormido, con el sueño que el cloroformo hacía tan profundo.

IV

¡Pinocho no viene! Un aeroplano oportuno. La canción de Pifa—



LLEGO el día del partido. En los alrededores del campo se apiñaba una muchedumbre inmensa.

Más de cien mil personas se habían quedado sin entrada.

De todas partes del mundo habían venido trenes especiales, barcos, automóviles y aeroplanos cargados de curiosos que deseaban presenciar el encuentro entre los "Pinochistas" y los "Chapetones".

Entre el público que llenaba el campo veíanse a todas las personalidades más eminentes. Allí estaban las princesitas Rosa Luz, Doralinda, Tocoroco, Rina Fu-Chi... La pobre Redondita no había podido venir por causa de una indigestión de natillas, pero había enviado a su mayordomo con el encargo de cablegrafiarla cada cinco minutos la marcha del partido.

En un estrado especial veíanse a la hermosa reina Comino y su lindo esposo el pastorcito Pimpilín.

Allí estaban ataviados con sus espléndidos trajes de corte, el rey Florián, Tripón XVII, el rey Doroteo, el buen rey Perico, el rey Flacuchón XXV... Todos los reyes amigos de Pinocho.

Hasta el imponente rey negro Karakaraka (ojo de kanguro), estaba con su escolta de guerreros chua chuas, y miraba atentamente con unos magníficos gemelos de campaña.

La entrada de los jugadores fué sensacional. Los primeros que se presentaron fueron los "Chapetones", al frente de los cuales venía Chapete. Vestían jerseys de grandes listas rojas y negras y pantalón verde.

El famoso capitán de los piratas negros estaba imponente y en su ojos de nácar brillaban la astucia y la malicia. Patapón se destacaba entre todos con su corpachón de gigante y sus manazas enormes. Los guantes que llevaba eran los de la muestra de una guantería.

MALA INTERP…



El gato, a la gata, a quien le estár…
—¡Pero hombre! ¡A quién se se le… …ión a estas alturas!

...OOTBALLISTA

Tintinelo, menudito y ágil, acompañaba a los jugadores en su calidad de árbitro.

Casi al mismo tiempo entraron los "Pinochistas". Vestían los muñecos de azul y rojo y su entrada fué recibida con una salva de aplausos.

Todos los espectadores se pusieron de pie: todas las miradas buscaban a Pinocho... ¡Pinocho no estaba!

Pasaron cinco minutos, diez, quince... Nada: ¡Pinocho no aparecía!

Una angustia creciente se iba apoderando de todos los corazones: ¿por qué no venía Pinocho?

Mientras tanto Chapete sonreía malignamente y se frotaba las manos con disimulo.

La inquietud entre el público era cada vez mayor. El que Pinocho no se presentase suponía un fracaso enorme para el admirado muñeco. ¡Dios mío! ¿Habría tenido miedo a última hora?

Las pobres princesitas estaban con el alma en un hilo y sus hermosos ojos se llenaban de amargas lágrimas.

En el reloj de una torre vecina dieron las cuatro: la hora señalada para el partido. En el público se oyó un murmullo de indignación que crecía amenazadoramente: ¡Pinocho estaba perdido!

Entonces Chapete se colocó en el centro del campo y con su vozarrona de pirata gritó:

—Respetable público.

Se hizo un profundo silencio para oír lo que Chapete iba a decir. Y éste siguió:

—Como todo el mundo puede ver, mi rival Pinocho no ha acudido a jugar el partido de desafío. Acabo de recibir la noticia de que el pobre muñeco, temblando de miedo, ha embarcado para la Cochinchina. Conste, pues, que el tal Pinocho no es más que un fanfarrón y que cuando ha llegado el caso de vérselas conmigo cara a cara ha huído como un cobarde. He dicho.

—¡¡¡Pinocho!!!—gritó la multitud entusiasmada.

—¡¡¡Pinocho!!!—rugió por lo bajo Chapete.

—Pinocho — repitió el propio interesado con voz potente que dominaba todos los ruidos—; Pinocho que, burlando todas las celadas, viene a jugar el partido porque ni es cobarde ni ha huído jamás.

Una atronadora salva de aplausos acogió estas arrogantes palabras.

Mientras tanto Pifa (a la que habréis reconocido en el pájaro que acompañaba al aeroplano), revoloteaba sobre el campo y cantaba con su vocesita de oro:

"Rabia, rabieta,
te lleva Pateta,
Chapete malvado,
te la hemos jugado.
Pío, pío, pim,
Viva Pinochín."

...RPRETACION



...le están saliendo ahora los dientes: ...se le ocurre estar con la denti-

V

Horrible despertar. Pifa tiene una idea. El aeroplano oportuno.

CÓMO pudo arreglárselas Pinocho para llegar tan oportunamente, puesto que le habíamos dejado completamente desarticulado? Eso es lo que vamos a explicar en este capítulo. Serían las diez de la mañana cuando, pasados los efectos del cloroformo, Pinocho se despertó en su cama.

Sentía una pesadez extraña y la cabeza le dolía.

—¡Caramba! ¿Qué me pasa a mí? —— se dijo el héroe famoso.

En este momento, una mosca pegajosa y fastidiosa vino a posársele sobre la nariz.

A Pinocho le molestaban las moscas.

Y, naturalmente, quiso espantarla dándose una manotada. Intento inútil, porque al pretender hacerlo vió, con la sorpresa consiguiente, ¡que no tenía brazos!

—¡¡Rezambomba!! — exclamó lleno de asombro—¿Dónde están mis brazos??

Y bastante inquieto quiso dar un salto para ponerse en pie. Segunda sorpresa que le aguardaba: ¡ no tenía piernas!

Comprenderéis que despertarse uno en su cama y encontrarse de pronto sin brazos y sin piernas es cosa para desconcertar a cualquiera. Y, en efecto, el pobre Pinocho se quedó bastante desconcertado.

—Es extraño —se decía—; recuerdo que anoche me acosté cansado, pero completo. ¿Qué ha podido ocurrir durante mi sueño para encontrarme en tan lamentable situación? Es evidente que esto que me ocurre no es natural. Alguien, aprovechándose de mi sueño, ha debido sacar los tornillos que sujetaban mis brazos y mis piernas. ¿Pero cómo no me ha despertado la dolorosa operación? ¿Y quién puede haber tenido interés en inutilizarme?

De pronto un nombre se escapó de su boca:

—¡Chapete! Chapete, sí, ese bandido es capaz de esa infamia. Ahora lo comprendo todo: hoy es el día señalado para jugar el partido y mi enemigo se ha valido de este medio cobarde para impedir que yo pueda asistir. ¡Dios mío! ¿Qué puedo hacer? ¡Estoy perdido!

Y las horas pasaban, el momento fatal — las cuatro de la tarde — se acercaba y el desgraciado Pinocho se hubiera mordido los puños de rabia de no encontrarse en la imposibilidad de hacerlo por la ausencia de sus brazos.

Las lágrimas le caían con tal abundancia que las sábanas estaban empapadas. Oía dar las horas sin poder moverse y la idea de quedar vencido por Chapete le volvía loco de desesperación.

Las tres, las tres y media, las cuatro menos cuarto.... ¡Ya no había esperanzas!

Y Pinocho cerró los ojos dispuesto a dejarse morir. Pero un ruido extraño le hizo volver a abrirlos. Ladeó la cabeza hacia el sitio de donde venía el ruido y miró. Un grito se escapó de su boca:

—¡Pifa!

Al ver a Pinocho en aquel estado, la gentil pajarita se quedó con el pico abierto. El dolor y la sorpresa no le dejaban decir ni pío.

El muñeco, mientras tanto, le contó lo que le pasaba y le explicó lo terrible de su situación.

Entonces Pifa empezó a recorrer la habitación y descubrió los dos brazos y las dos piernas de su amigo. Y dando un pío de triunfo exclamó:

—No te apures Pinochito,
todo se puede arreglar.
Espérate un momentito,
que yo vuelvo sin tardar.

Y sin dar más explicaciones salió volando por la ventana.

No habían pasado cinco minutos cuando la puerta se abrió y en la habitación entró un hombre con un traje azul. Pifa le dijo en seguida que aquel hombre era un cerrajero. ¡Estaba salvado!

El cerrajero, siguiendo las indicaciones de Pifa, cogió los brazos y las piernas de Pinocho y se los volvió a colocar atornillándolos de nuevo. El muñeco quedó completo y en perfecto estado. De un salto se puso en pié y lo primero que hizo fué abrazar y besar a su salvadora. Después pagó espléndidamente al cerrajero, que se marchó diciendo:

—Muchas gracias, señorito.

En aquel momento faltaban cinco minutos para las cuatro. ¿Cómo llegar a tiempo al campo de fútbol, con lo lejos que estaba? Pinocho se dejó caer en una silla descorazonado. Pero Pifa, que aquel día estaba inspirada, le expuso el plan siguiente: ella saldría volando y se acercaría al primer aeroplano que encontrase por el aire. Hablaría al aviador que lo condujese y le convencería para que viniese a recoger a Pinocho, lo que sería facilísimo. Y dicho y hecho: la adorable pajarita salió rápida cruzando el espacio.

No habían pasado dos minutos cuando el ruido de un motor anunció la proximidad de un aeroplano. Pinocho se encaramó a la ventana. El aparato pasaba por encima de la casa y dejó caer una cuerda. Agil y fuerte, Pinocho se agarró a ella y se elevó a pulso. El aeroplano se dirigió hacia el campo de fútbol Pinocho mientras tanto se puso su traje de futbolista.

Y así fué cómo Pinocho pudo, milagrosamente, deshacer el terrible plan de Chapete y llegar a tiempo.

VI

Partido emocionante. ¿Qué le pasa a Pinocho? Triunfo sin igual.—

PASADO el momento de entusiasmo producido por la llegada de Pinocho y restablecida la calma, se da orden de empezar la lucha en medio de una expectación nunca vista. Los equipos se forman de la siguiente manera:

Real Pirata: Patacón; Pelo en pecho, Tiburón; Rompe huesos, Mala sangre, Puño negro; Tira a dar, Cara dura, Chapete, Dientes de lobo, Masca el aire.

Selección Muñequil: Pirulín, Polichinela, Pinocho, El Marino, Baby, Arlequín, El Gendarme, Petruska, Pierrot, El Inglés, Zamora.

Inicia el juego la selección con un avance infructuoso, al que el contrario contesta en igual forma. Tira a dar, lanza un tiro fuerte y cruzado a consecuencia del cual Polichinela comienza su labor progresivamente brillante.

El afán de los delanteros por avanzar origina repetidos "offsides" que no escapan a la vista del árbitro.

La línea media de los "Pinochistas" sujeta el ataque de los "Chapetones" bien ayudada por las defensas.

Se tira un corner contra la Real Pirata que defiende Puño Negro.

En una arrancada pasa la pelota por encima de la portería de Patapón y éste vuelve a sacar con una patada tan terrible que el balón se eleva a las nubes como disparado por un cañón. Todos los jugadores levantan la cabeza y esperan inútilmente: el balón no ha caído todavía. Sin duda llegó hasta el planeta Marte, donde sus habitantes estarán a estas horas jugando con él al fútbol.

Después de repuesto el balón sigue el juego cada vez más duro y violento.

Los "Chapetones" se entienden bien y dominan el campo enemigo. Un pase por alto de Mala sangre da ocasión a un centro de Diente de lobo, hábilmente recogido por Chapete que shoota recto y rápido. Pero Zamora salva el peligro con una magnífica parada de las suyas. La ovación al gran portero se oye en Belchite.

El dominio de los "Chapetones" se acentúa. Chapete es el alma de la línea. La cosa va mal para los "Pinochistas".

¿Qué le pasa a Pinocho? Su juego es flojo y su actuación insegura. ¡Dios mío! ¿Le habrá apretado demasiado los tornillos el cerrajero? En el público y sobre todo entre las princesitas la ansiedad es dolorosa.

En este momento Pifa pasa volando sobre los jugadores y acercándose a su amigo le dice:

—¡Qué veo, Pinocho, en tu no-
(ble semblante
¿es que tienes miedo? ¡Qué ho-
(rrible sospecha!
Vamos, amiguito, ¡valor y adelan
(te!
recobra la calma, el temor dese-
(cha
y dale una zurra a ese tunante.

¿Fueron estas animosas palabras las que produjeron el maravilloso efecto? No lo sabemos. Pero lo cierto es que desde este momento Pinocho parece otro; y con él sus compañeros reaccionan. En una arrancada furiosa llevan la pelota al campo enemigo.

Hay un momento emocionante en que Chapete y Pinocho se disputan el balón encarnizadamente. El pirata es hábil y fuerte: sus pases son admirables y sus cargas terribles, pero Pinocho juega ahora estupendamente y logra apoderarse del balón que en rápida carrera, sorteando a 4 jugadores, lleva ante la portería de Patapón. Pero Chapete, con un esfuerzo supremo consigue volver a quitársela evitando un goal seguro.

En este momento Tintinuelo silva el final del tiempo.

La emoción en el público es indescriptible. Todos se hacen la misma pregunta: ¿Quién vencerá a quién? Nadie recuerda haber presenciado un partido tan fuerte.

Comienza la segunda parte. La lucha continúa dura y empeñada a consecuencia de lo cual Polichinela sufre un tremendo golpe de Rompe huesos que obliga al pobre muñeco a retirarse del campo cojeando. Al poco tiempo Baby queda inutilizado por sufrir un fuerte rodillazo de Masca el aire.

Esto no desanima a los "Pinochistas", por el contrario sus ataques son constantes, impetuosos.

El cerco de la puerta de Patapón se va estrechando por momentos.

Pero una extraña desgracia parece perseguir a los compañeros de Pinocho: el Inglés y Petruska sufren tales golpes que quedan inutilizados; a Polichinela se le acaba la cuerda. Al poco rato, del equipo "Pinochista" sólo quedan en pie Zamora y Pinocho.

El público pide la suspensión del partido, pero el gran Pinocho con un gesto de los suyos dice que no: está dispuesto a jugar él sólo contra todos los "Chapetones".

El infame Chapete sonríe mefistofélicamente: el triunfo no puede por menos de ser suyo.

Y el partido sigue entre la ansiedad de los espectadores.

Atacan los piratas con un encono feroz. Pero entonces ocurre una cosa extraordinaria, nunca vista. Pinocho parece multiplicarse. El sólo domina a todos sus contrarios. El sólo conduce el balón ante la meta enemiga regateando a cuantos se ponen por delante, y aprovechando un claro tira tal pelotazo que Patapón cae todo largo que es al pretender pararla; el balón entra como una bala en la portería. Pinocho se apunta el primer goal entre la ovación más enorme que se ha oído en el mundo.

Chapete está lívido de rabia: ¿cómo? El, que había combinado todo tan maravillosamente para salir vencedor, ¿iba a ser derrotado de manera tan vergonzosa?

Y ciego de furor dice a sus piratas:

—¡Duro con él! Todos a una. Tú, Rompe huesos, dale una carga que le deje hecho polvo. Cien barricas de ron al que lo inutilice.

Como un huracán se precipitan todos contra Pinocho. Inútil empeño. El magnífico muñeco sortea todos los peligros; nunca se ha visto cosa igual. Se hace de nuevo con el balón y pasa a todos sus enemigos. ¡Qué regates! ¡Qué dribblings tan primorosos!

Una mano descarada de Chapete se castiga con un pánilty.

Se coloca el balón frente a la puerta "pirata", tira Pinocho un zambombazo imparable y se apunta el segundo goal.

En este momento se silba el final del partido.

¡Pinocho ha quedado vencedor! El sólo, con su maravilloso juego ha derrotado a once jugadores terribles. Sin disputa posible es el mejor jugador del mundo.

Chapete abandona el campo más corrido que una mona, entre los silbidos del público.

En cambio Pinocho es sacado en hombros y aclamado con delirio.

Por la noche le dan un banquete al que asisten todos los reyes y todas las princesitas.

Al final se levanta Karakaraka (ojo de kanguro) y pronuncia un hermoso discurso. Sólo que, como lo dice en el idioma chua chua, nadie se entera.

Pinocho es feliz; una vez más ha derrotado a su implacable enemigo Chapete. De lo cual estoy seguro de que todos os alegráis muchísimo, ¿verdad?

Antes de terminar os diré unos versos que Pifa pronunció en el banquete: dicen así:

"Salud al gran Pinocho,
campeón del fútbol;
su gloria resplandece
cual resplandece el sol.
Pinocho triunfa siempre,
lo cual es natural
porque es muñeco bueno
que lucha contra el mal.
Chapete, en cambio, es malo
—más que malo, peor.—
por eso no le sirve
su maña y su valor.
Y aunque lucha y porfía
con audacia y tesón,
siempre sale sin plumas,
cual gallo de Morón.
Salud al gran Pinocho
Salud al vencedor."

LECTURAS UTILES PARA LOS NIÑOS

CONSERVACION DE LAS FLORES

La costumbre de conservar las flores poniendo en agua sus tallos, tiene su fundamento racional en la ósmosis que se verifica a través de las paredes de las células vegetales.

Cuando las células vegetales, sacos microscópicos, están llenas de agua, se mantienen lisas, turgentes; las arrugas y la flacidez aparecen cuando las células comienzan a estar vacías. Pues bien: los pétalos en un ambiente que no esté completamente húmedo pierden por evaporación el agua de sus células y por lo tanto éstas se vuelven fláccidas y la flor se marchita.

Pero si a través de las paredes de las mismas células reciben éstas por ósmosis tanta agua como pierdan por evaporación o más, su turgencia se conservará o aumentará y las flores se mantendrán lozanas.

De lo dicho, se deducen las condiciones más favorables para la conservación de las flores:

1.o Sumergir en el agua los tallos para establecer la ósmosis.

2.o Ambiente húmedo y frío, para impedir o dificultar la evaporación.

Por esto en otoño e invierno las flores cortadas se mantienen lozanas durante muchos días.

3.o Facilitar la penetración del agua en los tallos, cortándolos en bisel y renovando el corte en cuanto la flor empieza a marchitarse.

4.o Renovación del agua en que estén sumergidos los tallos, para eliminar las impurezas producidas por la exósmosis.

5.o Emplear agua lo más pura posible. Sin embargo, se ha observado que con la adición de un poco de sal amoníaco (cloruro amónico) al agua, se conservan las flores mejor.

¿QUE BIENES NOS REPORTA EL SUEÑO?

Dormimos para descansar. El organismo entero descansa durante el sueño: el corazón, el cerebro, los músculos, los pulmones, el estómago, todo, en fin. Los niños necesitan dormir mucho, porque tiene que crecer, y durante el sueño es cuando se crece más; de suerte que, si no duermen lo bastante, no pueden desarrollarse de la manera debida. El sueño tiene, pues, más importancia para los niños que para las personas mayores, si bien todos sabemos que nadie puede vivir sin dormir. La razón de que muchas personas sean raquíticas y entecas, o de escasas facultades mentales, es el no haber dormido en su infancia lo que habían menester. Antiguamente las madres no concedían importancia al sueño de los niños; pero en la actualidad existen muy pocas que no velen por el sueño de sus hijos.



—¡Mamá! ¡Ya ha encontrado papá al ladrón!

(De "Judge", de Nueva York).

LAS ESPONJAS SON LAS COLMENAS DEL MAR

A medida que se exploran y estudian las profundidades del océano se van descubriendo cosas muy semejantes a las que existen en la tierra. El doctor Charles J. Fisher, miembro del grupo de hombres científicos que explora continuamente los misterios de las aguas tropicales para enriquecer aún más los conocimientos de la Sociedad Zoológica de Nueva York, ha dado un informe muy curioso acerca de un reciente descubrimiento a la Oficina de Pesquerías de los Estados Unidos. Según el informe del Dr. Fisher, esos diminutos camarones, sumamente activos y saltones, que pertenecen a la especie de los "Alpheus", son las abejas del mar. Cual las abejas en sus colmenas, estos pequeños camarones forman enjambres numerosos en las esponjas; nadan libremente y se alejan, también, bastante de su "tribu"; pero invariablemente regresan a la esponja que les sirve de vivienda, como la abeja, por muy lejos que se encuentre, vuelve a la colmena a la primera señal de peligro o cuando ha terminado la tarea del día.

UNA VISITA A ARABIA

Francisco había visitado una vez la Arabia y contaba sus aventuras a algunos de sus camaradas de colegio.

—No viven los árabes en casas en el desierto — les decía, — sino bajo grandes tiendas, y así que nos vieron llegar, el viejo beduino y su hijito Hamid se apresuraron a salir a caballo a nuestro encuentro.

—Hamid es un muchacho muy guapo. Creo que en su vida debe haber jugado al football o al cricket; pero en cambio es una excelente escopeta. Su vida es tan distinta de la nuestra, que enseñan a los niños árabes, chiquitos todavía, a defenderse, y ellos prefieren jugar con armas de fuego mejor que con todos los juguetes que podáis darles.

—Los beduinos son famosos por su hospitalidad. Mientras sois sus huéspedes, os tratan lo mejor que pueden; pero la visita no debe prolongarse más de tres días, y al marcharos os recomiendan a otro amigo.

—La costumbre más chocante de ellos es la manera de comer. Nos sentamos en alfombras alrededor de una mesa baja en la cual había una fuente, de la que todos nos serviamos con los dedos. Había mucho manjares; carne de cabra, arroz, pastelillos calientes, frutas frescas y el café más delicioso. Los árabes están orgullosos de su café, y es privilegio del hijo mayor moler los granos con que el padre ha de preparar la bebida. Dispuesto ya todo, el beduino escogió un pedazo de carne y lo introdujo en la boca de mi padre, por ser el huésped principal; después, cada cual se sirvió de la fuente común. Terminada la comida, los hombres, reclinados en almohadones, fumaron sus "chibuquíes" y a la hora de acostarse, Hamid me llevó a su rincón de la tienda, sacó dos mantas de lana, me dió una, se envolvió en la otra y poco después dormíamos los dos sumidos en profundo sueño.

E NIÑO BIEN CRIADO

A cuatro o cinco chiquillos
Daba de comer su padre
Cada día: y como eran
Tantas porciones iguales,
Un día se olvidó de uno.
El, por no pedir, que es grave
Desacato en los chicuelos,
Estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
Y dijo el chiquillo: ¡Zape!
¿De qué me pides los huesos
Si aún no me han dado la carne?

CALDERON.

DECORACION DE BUJIAS

En la superficie cilíndrica de una bujía de estearina se puede calcar fácilmente un impreso, grabados inclusive.

Para realizar el experimento se utilizará preferentemente un impreso reciente en papel delgado.

Arrollando el papel alrededor de la bujía de manera que se aplique a la superficie de estearina la cara que se desea calcar, se calienta ligeramente el papel por la cara exterior mediante la llama de una cerilla.

Al separar el papel se hallará impresa la bujía.

DIEZ COSAS QUE DEBEN RECORDARSE

1. — El valor del tiempo.
2. — El éxito viene con la perseverancia.
3. — Querer mucho el trabajo.
4. — La dignidad y la simpleza.
5. — La fuerza del carácter.
6. — La energía y la bondad a un tiempo.
7. —La in fluencia del ejemplo.
8. — La prudencia y la economía.
9. — Cultivar el talento.
10. — La alegría y originalidad.

LECTURAS MORALES

—La taberna es el lugar donde se fraguan los proyectos que favorecen la corrupción cívica.

—El asesino va a la taberna a preparar sus planes sanguinarios.

—A la taberna va el policía a buscar al delincuente.

—La taberna envilece al trabajador honrado.

—La alegría y la frescura de la juventud las marchita y entristece la taberna.

—La taberna es la proveedora de cárceles y presidios.

—Los hospitales y los manicomios se llenan con los despojos de la taberna.

—La taberna causa más horrores que la misma guerra.

—El enemigo más grande de la felicidad es la taberna.

—La taberna entorpece el adelanto moral y material de los individuos y de los pueblos.

—Queridos niños: apartaos de la taberna; no toméis nunca bebidas que contengan alcohol, y os desarrollaréis sanos, alegres y fuertes de cuerpo y de espíritu, condiciones necesarias para ayudar a vuestros padres y servir a la patria, que tanto espera de vosotros.

Hilario Sanz.

CUIDADO DE LOS OJOS

Ya se sabe que la expresión de la vista hace la mayor parte de la belleza de los ojos; pero es preciso que no estén ni enrojecidos ni inflamados, ni faltos de pestañas. No os frotéis nunca los ojos. Cuando un cuerpo extraño se introduzca en un ojo, no se intente sacarlo por medios violentos. Ciérrense los parpados, y espérese un cuarto de hora, si es menester: las lágrimas, naturalmente, echarán al intruso.

Si el viento ha enrojecido vuestros párpados, lavadlos con agua tibia, un poco salada.

Las largas veladas y la luz artificial irritan y fatigan los ojos. Las lámparas deben estar provistas de grandes pantallas.

Los matices sombríos no convienen ni en la decoración ni en el mobiliario.

Cuando haya algo de conjuntivitis, deben lavarse los ojos con agua boricada templada. Hay que lavarse los ojos con frecuencia, sobre todo por las mañanas y por la noche. Si se temen congestiones, hay que evitar el agua fría. El te poco cargado es bueno para bañar los ojos deteriorados.

No se use el menor colirio sin mandato del médico.

Los lavajes con agua de rosas son buenos contra la infla-

¿POR QUE ALCANZA TANTO MAS NUESTRA VISTA, CUANTO MAS NOS ELEVAMOS?

La explicación científica de ese fenómeno es que "el alcance de la visión es directamente proporcional a la altitud del observador". Lo cual, en lenguaje vulgar quiere decir que cuanto más altos nos coloquemos, más extensión de terreno descubrirán nuestros ojos. Esto ocurre porque la tierra es redonda, y cuanto más nos elevemos sobre su superficie, tanto más alcanzará nuestra mirada. A 1852 metros de elevación podemos ver cosas que estén a 178 kilómetros de distancia.

UN ROBLE EN UNA COPA

Con un trípode de alambre invertido (es decir, patas arriba), se sostendrá una bellota de roble entera y madura en el centro de una copa, en la que se verterá agua hasta que llegue a lamer la bellota, pero no más. Todos los días se repondrá el agua espontáneamente evaporada.

Al cabo de algún tiempo la bellota echará raíces descendentes; en seguida se abrirán los cotiledones y surgirá con sus hojuelas el tallo de un roble, cuyo desarrollo podrá prolongarse durante algunos meses en las mismas condiciones.

EFECTOS PSICOLOGICOS DE LOS COLORES

Una revista de Nueva York publicó recientemente los resultados de ciertos experimentos científicos llevados a cabo con el objeto de determinar las emociones que pueden producir ciertos colores y sus combinaciones en los seres humanos. He aquí los colores y sus efectos:

Rojo-Rubí, Pasión y Energía.
Escarlata: Fuerza y Triunfo.
Bermellón: Amargura y crueldad.
Amarillo-Naranja: Avance y confianza.
Verde-Tapete: Pereza y Calma.
Azul-Verdoso: Riqueza y Resonancia.
Azul-Pavo Real: Apacibilidad e Inocencia.
Azul-Violeta: Distancia y Melancolía.
Violeta-Obscuro: Tristeza y Penitencia.
Rojo-Violeta: Realeza y Majestad.

CASTIGO DE LOS NIÑOS

No se debe ridiculizar al niño. El instinto de conservación es la ley más importante de la naturaleza. Por consiguiente, el niño a quien se ridiculiza se rebelará. Luchará por sostener sus ideas cuando son mal interpretadas. Los padres no deben acusar a un niño de desobediente hasta estar seguros de que es culpable.

Explíquese bien y con calma que el castigo es el resultado de no haber obedecido. Nunca se debe castigar con cólera. Saber dominarse es el deber más grande de los padres para poder dar el ejemplo.

Hágase entender al niño lo mal que ha hecho y el disgusto deles a castigarlo. Al dar muestras de arrepentimiento debe que causa a sus padres obligán-

En la Escuela

El maestro:—Nómbrame, Juanito, cierto animal que nos produce alimentos y vestidos.

Juanito:—En casa papá es quien produce tales cosas.

CHISTES

En el estanco:

—Caballero, esta carta pesa mucho.

—¿Y qué?

—Que hay que ponerle otro sello.

—Pues entonces pesará más.

En una disputa

—Es usted, señor Pardamus, un granuja...

—¿Cómo granuja? ¿Me habla usted en serio o en broma?

—Pues, en serio.

—¡Ah!... Creía que era en broma, por que lo que soy yo no le aguanto bromas a nadie.

Una lección de geografía

—Perfectamente. ¡Ahora bien, tiene usted a su frente el Norte, a su derecha el Este! ¿Qué tiene usted a su espalda?

—Un remiendo en los pantalones, ya le dije yo a mi mamá que me lo iban a ver.

Moral infantil

El viejo:—¿Sabes a dónde van los niños que se guardan el dinero que se les da para una limosna?

—El niño:—A la confitería

Buena medicina

—Doctor, anoche puse en práctica su consejo contra el insomio; conté hasta veinte mil.

—¿Y se durmió luego, verdad?

—No, señor; tuve que levantarme, porque ya era hora de ir a la oficina.

Un paisano se acerca a la boletería de una estación después de haber pasado un buen rato leyendo un aviso:

—Deme usted un billete de esos de baño.

—¿Para qué sitio ?

—Para los pies. Me los ha "mandao" el médico.

En un Tribunal

El juez pregunta al acusado:

—¿Es usted casado?

—Sí, señor, con una mujer.

—¡Hombre, replica el juez, es natural que sea con una mujer!

—Es que le voy a decir a usted, señor juez: yo tengo una hermana que está casada con un hombre.

En la Escuela

La maestra:—Detrás de un cercado hay diez ovejas; una de éstas salta al otro lado. ¿Cuántas ovejas quedarán?

Luisa, que es hija de unos pastores, levanta la mano y desponde: —Ninguna.

La maestra:—¡Cómo, Luisa! Si son diez y una salta al otro lado, quedarán nueve.

Luisa.—Se equivoca, señorita. Porque si una oveja salta al otro lado, las demás la siguen. Usted conoce la aritmética, pero yo conozco a las ovejas.

—Ya sé la edad que tiene mamá. El médico dice que está entre los treinta y nueve y los cuarenta.

(De "The Humorist", de Londres).

LOS CANGREJOS

Por

Cristóbal Schmid

CATALINA era una niña muy guapa, aplicada y juiciosa, y hubiera sido la mejor de las niñas a no tener un vicio muy grave: el de ser tan glotona que nunca se encontraba satisfecha con lo que comía.

Sus buenos padres, que tenían una magnífica tienda de paños, afeaban con frecuencia la conducta de su hija; pero ésta, lejos de corregirse, era cada vez peor, y siempre que podía registraba los cajones de la tienda para coger de ellos todas las golosinas que hubiera.

Tanto aumentó en Catalina su defecto, que no conformándose ya con los comestibles que quitaba en su casa, vendía, sin que sus padres se enterasen, algunas piezas de tela, y en lugar de entregar el dinero producto de la venta, se compraba almendras, caramelos, galletas y otras varias cosas.

Cuando se quedaba sola aprovechaba esta ocasión para hacerse una taza de te o de chocolate, o bien se comía un pollo asado, desobedeciendo de este modo a sus padres, quienes le encargaban que cuidase de la tienda en ausencia de ellos.

Cierto día en que su padre tuvo que irse a la capital para arreglar unos asuntos y su madre había ido a pasar el día a casa de unas señoras, convidó Catalina a tres amigas suyas.

Después que las cuatro niñas habían jugado en grande, sin ocuparse para nada de las personas que iban a la tienda a comprar, quiso Catalina merendar con sus amigas, y al efecto puso sobre la mesa del comedor tortas, uvas, cafe, melocotones, vino y todo lo que pudo encontrar.

Empezaron, pues, a comer las cuatro jóvenes, y cuando estaban más entretenidas y alegres, se abre la puerta y entra la madre de Catalina acompañada de otra señora.

Las niñas quedaron sin saber qué hacer, y sobre todo Catalina se asustó tanto, que no pudo levantarse de la silla ni pronunciar palabra.

Pero su madre nada dijo por no abochornar a Catalina delante de las otras niñas, y salió acompañada de su amiga a dar un paseo por el campo.

La madre de Catalina volvió a su casa por la noche, y el padre regresó también de su excursión.

Al día siguiente, y cuando se enteró el padre de Catalina de la punible conducta que ésta había observado en su ausencia, se entristeció mucho e hizo que la niña compareciese inmediatamente en su presencia.

Catalina se presentó temblando ante su padre, y éste le dijo con seriedad:

—He sabido con mucho disgusto lo que ayer hiciste; pues si continúas de este modo llegarás a ser la desgracia de tus padres. Quien desde un principio no corrige sus faltas, aun cuando éstas sean pequeñas, no tarda en caer en otras mayores, y de esta manera, e insensiblemente, camina por la senda de su perdición. La merienda que ayer diste a tus amiguitas, además de haberte podido costar una enfermedad por lo mucho que comiste, me prueba, por desgracia, otra cosa muy grave, y es que, sin que tus padres se enteren, vendes algunas piezas del almacén, y en lugar de entregar el dinero, como es tu obligación y la de toda niña buena, lo destinas para satisfacer tu glotonería inmoderada. Piensa, hija querida, que todo aquel que quita dinero, aunque sea a sus padres, comete un hurto, y la niña que tal hace es indigna de tratarse con las personas honradas. Corrígete muy de veras, y no olvides nunca que si sólo procuras dar satisfacciones materiales y groseras a tu cuerpo, acabarás por parecerte a los animales, y te olvidarás por completo de tu alma, que es de lo que debes preocuparte en primer lugar.

—¡Cuán cierto es todo esto!—dijo la madre de Catalina—. Además, las comidas a deshora y sin moderación estropean el estómago y son causa de muchísimos males, que a veces acarrean la muerte. Considera también, hija querida, que si en lugar de gastar el dinero en cosas inútiles y nocivas, lo hubieses empleado en socorrer a los pobres, hubieras hecho una acción muy meritoria, por la cual todos te alabarían. Toda persona honrada experimenta mayor satisfacción practicando la caridad, que es la fuente de todo lo más noble que el corazón humano encierra, que no comiendo y malgastando el dinero. Siempre que vayas a emplear algo en golosinas, acuérdate de todos esos pobrecitos niños que se ven por las calles y que quizás no habrán comido en mucho tiempo.

Catalina escuchaba sumisa los consejos y amonestaciones de sus padres, y cuando éstos hubieron terminado de hablar les besó humildemente la mano, y con lágrimas en los ojos les prometió que se enmendaría.

—Así me gusta—dijo el padre—: me consuela mucho el que tú misma veas lo feo de la acción que has cometido, y para castigar tu falta y acostumbrarte a que seas moderada, te castigo a que en tres días no comas ni bebas otra cosa que pan y agua.

Durante un par de meses, Catalina cumplió muy bien lo ofrecido; pero un día en que sus padres tuvieron que salir y le dejaron confiada otra vez al cuidado de la tienda, volvió a caer en la misma falta.

Al poco tiempo de marcharse sus padres, vinieron dos amigas de Catalina. Esta quiso mostrarse generosa y las convidó a tomar una taza de cafe, si bien es cierto que estaba decidida a contárselo a sus padres.

Poco después entró en la tienda un aldeano que llevaba un saco al hombro, y quiso comprar un pañuelo, pero le pareció caro.

Catalina, a quien habían llamado la atención el saco mencionado, por el olor particular que despedía, preguntó al campesino:

—Diga, buen hombre, ¿qué lleva usted ahí guardado y que tiene un olor tan bueno?

—Cangrejos, señorita.

—Y diga usted, ¿se pueden ya comer?

—Claro que sí—respondió el campesino—: los llevo a casa del señor alcalde.

—Pues qué—preguntó Catalina—, ¿ya los tiene usted vendidos?

—Todavía no, pero es lo mismo; pues la esposa del señor alcalde me compra siempre todos, y mucho más éstos, que son muy hermosos.

—¡Qué lástima!— exclamó Catalina—. Bien puede usted venderme aunque no sea más que una docena, pues como lleva usted el saco lleno, todavía le quedarán muchos para el señor alcalde. Espere usted un momento. Y Catalina entró en la trastienda para volver al poco rato con un pedazo de tela color escarlata—. Aquí tiene usted esta tela tan bonita, y que yo se la vendo tan sólo por tres reales si quiere darme la docena de cangrejos.

El campesino aceptó el trato, y Catalina recibió el dinero y los cangrejos convenidos.

Pero apenas se hubo marchado el aldeano, cuando ya Catalina se arrepintió, aunque tarde, de lo que había hecho; pero después de estar un rato pensativa, exclamó:

—Ya lo hecho no tiene arreglo, y no es cosa de tirar los cangrejos, pues aun cuando esto hiciera, me quedaría de todas maneras sin la tela y de este modo no se enterarán de nada mis padres.

Cuando Catalina había echado ya los cangrejos en un puchero con agua hirviendo, llamaron en la tienda y tuvo que abandonar su tarea culinaria. Al volver a la cocina se apresuró a destapar el puchero, y al hacerlo dió un grito de espanto y dejó caer todo por el suelo, pues vió que los cangrejos habían tomado un color muy parecido al de la tela que acababa de vender.

Como la niña ignoraba que los cangrejos al cocerse toman un un color escarlata, creyó que lo que había sucedido era un castigo de Dios por la acción tan mala que había hecho.

—¡Qué desgraciada soy!— exclamaba sollozando—. Con razón dicen mis padres que todo el que obra mal tiene tarde o temprano su merecido.

Para que su desconsuelo fuera aún mayor, al caerse el puchero tropezó éste con dos preciosas tazas de porcelana, las cuales se hicieron añicos. La desgraciada niña no sabía qué partido tomar y pedía a Dios con fervor que lo perdonase lo mala y desobediente que había salido.

Ya iba a recoger todo lo que se había caído, cuando llamaron a la puerta de sus padres.

—¡Dios mío!— exclamó Catalina—. Yo creía que mis padres no vendrían tan pronto. ¿Qué les voy a decir ahora?

Corrió apresurada a abrir la puerta, y cuando sus padres entraron, les dijo hecha un mar de lágrimas:

—Corran ustedes, pues acaba de pasar una cosa muy rara y, que me da mucho miedo.

Entraron sus padres en la cocina, y al ver ed desaguisado que Catalina había hecho, se quedaron asustados. La madre empezó a quejarse por la pérdida de las tazas, pues eran un regalo de familia. y Catalina, toda temblorosa, no cesaba de decir:

—Miren ustedes, miren qué color más terrible tienen los cangrejos.

—Pues no tienen nada de particular —dijo el padre—: los cangrejos están como debían estar.

—No—decía Catalina—: tienen un color igual al de la tela que vendí sin consentimiento de ustedes.

Y entonces les contó cómo había comprado los cangrejos.

El padre no pudo menos de sonreirse ante el temor de su hija, pero después le dijo con seriedad:

—Tu miedo es completamente infundado, pues los cangrejos al cocerse toman siempre el color que ahora tienen. Sin embargo, esto te probará una vez más que Dios se vale de mil medios para castigar todas nuestras faltas. Hoy has cometido una mala acción y El se ha valido de tu ignorancia para que comprendas y llores tu delito. Aquel que se aparta del camino del bien no tiene nunca un momento tranquilo: su sombra le aterra, la obscuridad le espanta, y cree que todos le miran reprochándole sus malas acciones. Obra siempre de modo que nunca tengas que arrepentirte de lo que hayas hecho, aun cuando tuviera que enterarse todo el mundo.

Catalina prometió formalmente enmendarse en lo sucesivo, y su padre, viendo su angustia y sus buenos propósitos, la perdonó de todo corazón.

Catalina se corrigió, en efecto; no quitó nada más a sus padres, y nunca quiso comer fuera de las horas de costumbre.

Cuando llegó a conveniente edad, se casó con un honrado trabajador; fué madre, después abuela, y siempre tuvo presente el susto que le dieron los cangrejos. Con frecuencia refería esta historia a sus hijos y nietos, y terminaba diciendo: "Acordaos, hijos míos, que nada hay oculto para Dios, y que con la cosa más pequeña nos muestra su infinito poder".

MATANDO DOS PAJAROS DE UN TIRO



Con el propósito de dar una broma al pichicho, el travieso niño se ha escondido detrás del pilar, desde donde arrojó un bulto con cierto aspecto de cartera. La broma, en efecto, tuvo éxito, como puede verse en el dibujo, pero lo que no estaba en el pensamiento del pibe era engañar a Esthercita, su mejor amiguita, paseaba por las cercanías y al ver lo que ella creyó era una cartera corrió a levantarla, llevándose el chasco del siglo. Esthercita, enfurecida, rompió su amistad con el bromista pibe; pero hemos averiguado que cuando éste le explicó lo ocurrido, lo perdonó, y hoy son los mejores amigos del mundo.

Aventuras de Zapiron

ZAPIRON RESTABLECIDO



Se sienta Zapirón en un café
que visita por primera vez.



El camarero lo atiende
con premura diligente.



Ante esa frase insistente
el mozo es transigente.



Pero se aclara la cuestión:
¡Anda pato Zapirón!